

Francés de origen, pero residente en Holanda cerca de veinte años, el cual murió poco despues de haber empezado el siglo XVIII. Si por sus escritos pertenecia al siglo precedente, pertenecia tambien al siguiente por la influencia que en él tuvieron. Nacido de padres calvinistas, se habia hecho católico en su juventud; volvió despues al protestantismo y se sospecha que acabó por no ser mas adicto á los dogmas de su comunion que á los de la Iglesia romana. Estuvo relacionado con los mas célebres deistas ingleses de este tiempo; y sus escritos, esparcidos en su isla, contribuyeron á fortificar esa tendencia á la irreligion que ya se estaba manifestando en ella: Shaftesbury agotó en sus lecciones la indiferencia total en materias de religion que constituia su sistema. Nuestros filósofos franceses lo han mirado como uno de sus mas dignos antecesores, y lo han ensalzado á par del primer crítico. Bayle tenia en efecto mucho genio y erudicion, una imaginacion feliz, una memoria inmensa; mas malogró sus talentos por el uso que hizo de ellos, y á pesar de todo, sus escritos, llenos de verbosidad, indigestos y difusos, agradarian mucho menos sin la licencia y el tono satírico con que los sazonara. Fatigase uno con sus interminables digresiones que distraen del objeto principal. Repugna sobre manera su gala de erudicion por lo comun intempestiva. Sus obras no estuvieron muy en boga en su principio: el escepticismo del autor sedujo á los que buscaban motivos para

dudar y sus sofismas deslumbraron á los que no deseaban sino aturdirse, así sus escritos fueron el arsenal de la incredulidad. Si hoy no son nada leídos, tienen por lo menos la gloria de haber servido mucho á los primeros escritores que se levantaron contra la religion. Bayle puede muy bien lisonjearse de haber dado sobre este punto el tono á su siglo, y de haber servido de guia á aquellos que se han declarado en lo sucesivo en guerra abierta contra el cristianismo. Hízose sentir con especialidad su influencia en Holanda, donde la mezcla de todas las sectas daba á los partidarios del socinianismo y á los de la incredulidad, nuevas facilidades para propagar sus principios.

POLONIA.

La Polonia sigue la religion católica sin proscribir las sectas que han abandonado la Iglesia romana. Los disidentes disfrutan en este pais de una tolerancia casi completa. Solo habia faltado en el siglo precedente á los socinianos, los cuales, á fuerza de esparcir su sistema anti-cristiano habian provocado la atencion y severidad del legislador. Tambien fué perseguido con ahinco un Polaco que habia predicado públicamente el ateismo. Por lo demas los católicos, aunque dominantes en número, dejaban á los protestantes con toda tranquilidad.

Divídese la Polonia, en cuanto al gobierno ecle-

siástico, en dos metrópolis, la de Gnesne y la de Leopold. El arzobispo de Gnesne está revestido de las mayores prerogativas. Es primado del reino, el primero de los senadores, legado nato del Papa, y regente de la república durante los interregnos: convoca las dietas, y proclama los reyes. Raras veces hay en Polonia otro cardenal que él, por cuanto la púrpura romana no tiene ninguna precedencia en el senado, y un obispo cardenal se veria obligado á renunciar su rango de senador para sostener el de miembro del Sacro Colegio. El arzobispo de Gnesne en 1701 era Miguel Radziejowski, cardenal desde 1686. En la última eleccion era favorable al príncipe de Contí, el cual habia disputado la corona á Augusto. El arzobispo de Gnesne tiene nueve sufragáneas: Cracovia, Wladislaw, Wilna, Posen, Plosko, Warmie, Lucko, Culm y Samogitie. El obispo de Warmie era Andres Zaluski, prelado célebre por su saber y liberalidades, el cual ha dejado algunas obras. Leopold tiene cuatro sufragáneas: Remislaw, Chelm, Kiow y Kamienieck. Todos estos obispados tienen grandes rentas, y dan á sus titulares el derecho de sentarse en el senado. Mas el clero inferior es muy poco numeroso. Muchas ciudades hay donde residen dos obispos, uno para el rito latino, otro para el rito griego. La mayor parte de los Polacos que siguen este último son adictos á la Santa Sede, con la particularidad únicamente de que conservan las ceremonias y usos de su iglesia. Hay muchos menos

conventos en Polonia que en todo el resto de la cristiandad. Los religiosos del rito griego son de la orden de san Basilio, está muy acreditada en el pais, la cual abastece en esta comunión aquellos á quienes se eleva al obispado. El rey debe de ser católico.

Augusto, rey en 1701, no pudo ser elegido, como no renunciase el Luteranismo. Y á pesar de esta conversion, bastante tuvo que hacer para llevar ventajas á su competidor el príncipe de Contí, en favor de quien su reputacion y las insinuaciones del abate de Polignac, embajador de Francia en Varsovia, habia organizado un partido. Augusto tuvo que recurrir á excesivas liberalidades, y hasta á las armas para hacer prevalecer sus derechos en la dieta. Apoyóse en el nuncio del Papa, quien habia certificado la verdad de su conversion. Acabó por ganarse el primado, y á todos aquellos que habian sido al principio sus mas obstinados antagonistas. Mas no permaneció largo tiempo pacífico poseedor de lo que le habia costado tantos trabajos y sacrificios. La guerra que tuvo que sostener contra Carlos XII, rey de Suecia, le preparó nuevas dificultades. Vióse obligado á descender del trono y retirarse en su electorado, donde compró la paz con un tratado humillante. Fué elegido otro rey en su lugar, y Estanislao Leczinski reinó algun tiempo bajo la proteccion de Carlos XII.

Durante estas guerras, fué la Polonia teatro de disensiones y estragos. Tratábanse los dos partidos

sin ninguna consideracion. El imperioso Carlos XII, que todo lo trataba militarmente, sin poder soportar ninguna especie de resistencia á sus voluntades, dictaba la ley en Polonia. Apoderóse de las iglesias, é instalaba obispos á mano armada. El clero polaco, por otra parte, se hallaba tambien dividido. El cardenal Radziejowski, el obispo de Posen y algunos otros, se habian pronunciado contra Augusto. Escribióles el Papa con vigor á fin de empeñarlos á permanecer fieles al príncipe elegido por la nacion. El obispo de Posen recibió la orden de pasar á Roma para dar cuenta de su conducta, y efectivamente obedeció. El primado se retiró en Dantzick, donde murió en 1705, dejando su país devastado por la guerra civil. La eleccion de su sucesor fué tambien nueva causa de contiendas. El Papa y Augusto habian nombrado arzobispo de Gnesne á Szembeck, obispo de Waldislaw, el cual tomó posesion de su nuevo obispado. Arrojárónle los Suecos, é hicieron nombrar á viva fuerza administrador de su diócesis á un tal Dzulenski. Clemente XI rompió esta eleccion ilegal. El mismo pontífice protegió con todo su poder á Augusto contra su competidor, y parece que no reconoció á Estanislao como rey de Polonia. Tampoco permaneció este último largo tiempo tranquilo en su elevacion. La derrota de su protector le privó de todo apoyo, y el elector de la Sajonia recobró la corona con mas facilidad de lo que la habia perdido.

En medio de estas revoluciones tuvieron mucho que sufrir la Iglesia y el Estado. Hállase en los breves de Clemente XI un gran número todos relativos á los asuntos de la Polonia, con frecuencia estaba escribiendo al primado, á los obispos, al rey Augusto para dulcificar sus pesadumbres, escitar su valor y reanimar su celo. Mucho se interesó por los príncipes Sobieski, hijos del gran Sobieski, rey de Polonia, muerto en 1696. Augusto habia hecho prender á dos de estos príncipes, cuyas pretensiones al trono habia temido. Mas Clemente XI reclamó inmediatamente su libertad. Era el nombre de Sobieski muy querido á la religion desde que el último rey habia salvado Viena, sitiada por los Turcos, y el primogénito de sus hijos hubiese probablemente ascendido al trono, si su madre hubiese sabido manejar con mas tacto los ánimos de los Polacos. Era una francesa, hija del conde de la Grange d'Arquien. Retiróse á Roma, despues á Blois, donde murió en 1716. Su padre, Enrique de la Grange de Arquien, obtuvo el capelo de cardenal en 1695, á la presencia del rey su yerno. Fuése á fijar en Roma, donde murió en 1707, muy avanzado en edad. En cuanto á los príncipes Sobieski, el primogénito, Jaime, dió una de sus hijas al hijo de Jaime II, rey de Inglaterra, con el cual casó. Otro, Alejandro, murió en Roma en 1714, habiendo profesado poco antes de su muerte en la orden de Capuchinos.

Poco tenemos que decir relativamente al estado

de las ciencias y letras eclesiásticas en Polonia, á principios del siglo XVIII. Ya hemos nombrado á Zaluski, obispo de Warmie, célebre por la bella biblioteca que habia formado con tanto gusto como grandeza. Añadiráse, si se quiere, entre los protestantes, á Daniel-Ernesto Jablonski, teólogo calvinista, nacido en Dantzick, en 1660, del último obispo de los Bohemios, y despues ministro de Berlin. A él se debe un grande celo contra el ateismo y el deismo, y en favor de la reunion de las dos grandes ramas del protestantismo. Poseense algunos sermones suyos con algunos tratados de teología y obras sobre la sagrada Escritura.

INGLATERRA.

Si habia ya largo tiempo que la Inglaterra hubo abjurado la religion católica, tambien es muy cierto que todavía se habian conservado en ella muchos de sus celosos partidarios. En medio del fuego y de las persecuciones y de los disturbios de las guerras civiles, la antigua fe se conservaba entre algunas familias privilegiadas, vanamente se esforzara Elisabeth en destruirla. Ayudábanla con respecto á este punto las preocupaciones y la antipatía de la mayoría nacional. Y es sin duda un fenómeno bastante raro tan pronunciada aversion del pueblo inglés á la religion que fuera un tiempo la suya. Esta aversion se ha arraigado tan profundamente

en los ánimos que ha formado por largo tiempo uno de los rasgos mas característicos del pueblo inglés. Hallábasela no solamente en la multitud, siempre dispuesta á sublevarse al solo nombre de *Papismo*, sino en las mismas clases superiores y entre los hombres instruidos. Anglicanos y no-conformistas, todos aborrecian en el alma lo que ellos apellidaban *Papismo*. No habia un solo predicador que no se creyese obligado á levantar una cátedra contra la Iglesia romana. No hay un teólogo siquiera que no le haya lanzado á propósito algun tiro. No parece sino que no se creerian buenos ingleses, como dejasen de disparar sus golpes contra la Iglesia que los ha hecho cristianos. Esta antipatía, generalizada en la nacion, ha dado margen, durante casi dos siglos, á escenas tan pronto violentas, tan pronto ridículas. Como sucediera, por ejemplo, que en el rincon de algun condado se hiciese un protestante católico, no faltaba luego un predicador celoso á denunciar este escándalo, y á levantar su grito de alarma contra los progresos del *Papismo*. Inflamábanse al oír esta sola palabra los oyentes; en los papeles públicos, los clubs, las tribunas, las dos Cámaras del Parlamento resonaban las quejas contra los progresos del *Papismo*. A vista del ruido que de todos lados se hacia, un observador de sangre fria hubiese creído que la religion católica estaba ganando cada momento numerosos partidarios; mas hubiérase asombrado, cuando, remontándose al origen de este ruido, hubiese

visto que todos sus clamores no procedian sino de un simple hecho que las mas veces era dudoso. Desde el tiempo en que se habla del progreso del *Papismo*, ya el *Papismo*, á ser ciertos sus progresos, hubiese acabado por aniquilar la religion dominante. El número de católicos está muy distante de aumentarse, especialmente en las primeras clases. La ambicion, el deseo de ocupar destinos y de sentarse en el Parlamento, hacen de cuando en cuando prestar los juramentos. Los documentos acerca del número de católicos varian mucho. Berington, en sus escritos, solo les hace ascender á sesenta y tantos mil. Otros cuentan hasta trescientos mil. Asegúrase que en Londres y en sus alrededores hay ya mas de ochenta mil. Haylos tambien en número considerable en los condados de Lancaster y de Stafford.

Bajo el reinado de Carlos II fueron reiteradas y muy vivas las quejas contra el *Papismo*. Era este príncipe hijo de una princesa católica y habia pasado su juventud en el continente en los Estados católicos. Habia casado con Catalina de Portugal, princesa muy adicta á su religion. Hé aquí suficientes motivos para hacer estar en continua alarma á los protestantes. Redobláronse todavía mas sus quejas, cuando vieron á Jaime, duque de York, hermano del rey y heredero presuntivo de la corona, abrazar la fe católica. Este príncipe despues de la muerte de su primera muger, la cual se habia declarado tambien por esta religion, casó con una

princesa de Modena, y se sospechó desde entonces su mudanza de religion. Nada omitió el partido protestante para exaltar los ánimos, los doctores anglicanos en sus púlpitos, los escritores en sus folletos, los miembros del parlamento en sus mociones; todos se levantaban á la vez contra los católicos, y pocos años hubo, durante el reinado de Carlos II, en que no se tomasen contra ellos nuevas medidas. Sentíase este príncipe inclinado en su favor, y parece que hasta se empeñó en un tratado secreto con Luis XIV á abrazar la religion católica. Mas no sabia resistir á las decisiones del parlamento y al espíritu general de la nacion, y los pobres católicos se vieron bajo su reinado vivamente perseguidos. Fuéronlo mas que nunca cuando la impostura de Oates, imaginada por los protestantes y sostenida por Shaftesbury. Muchos ministros fueron presos y otros se vieron obligados á huir. Vanamente se descubrian por mil partes las raterías de Oates: las prevenciones nacionales habian llegado á su colmo. No se quiso ver sino los progresos del *Papismo*, donde no brillaban sino los artificios de un miserable y un traidor. Corrió la sangre de los católicos en los cadalsos. Diez y siete de entre ellos perdieron la vida á consecuencia de las acusaciones de un hombre desacreditado. Contábase entre estas víctimas Guillermo Howard, conde de Stafford, algunos legos celosos, un ministro secular y seis jesuitas, contra los últimos de los cuales estaba mas encarnizado el pueblo.

Otros ocho ministros sufrieron la pena capital, únicamente porque eran ministros y porque habian ejercido las funciones de tales. Olivier Plunkett, arzobispo católico de Armagh en Irlanda, fué conducido á Londres y condenado á muerte en 1681. Sublimóse todavía mas la inocencia de este prelado con la resignacion y piedad que demostró en los calabozos.

El 16 de febrero de 1685 murió Carlos II. Hay motivos para creer que murió católico, Juan Huddleston, Benedictino ingles, el cual ya habia contribuido á salvar á este príncipe despues de la batalla de Worcester, le fué tambien muy util en sus últimos momentos. Habiendo sido llamado á la cámara del rey, la víspera de su muerte, recibió la declaracion de Carlos; el cual manifestó su deseo de morir en la religion católica, al propio tiempo que se arrepintió de sus faltas y desórdenes. Huddleston le confesó, le administró los sacramentos y le exhortó á una buena muerte. En la relacion que este ministro hizo acerca de esto, dió una noticia detallada y consoladora de las disposiciones de este príncipe.

Sentóse entonces en el trono, á la edad de 51 años Jaime II, sin la menor oposicion, dos dias despues fuése á oír misa públicamente. Oates fué encausado. Acusado ya dos veces de perjurio, durante el reinado precedente, lo condenaron por fin en 19 de mayo 1685 á un encierro perpetuo. Jaime II nombró presidente de su consejo

privado al conde de Sunderland, el cual acababa de abrazar la religion católica, fingia mucho celo, iba con frecuencia, segun se dice, á confesarse con el P. Petre, y hacia dar á su señor los pasos mas imprudentes. Asegúrase que en lo sucesivo este hipócrita ministro se vanaglorió de haber arruinado los intereses de Jaime. Sea como fuese, lo cierto es que este príncipe, echó á perder sus actos con una precipitacion y ruido que alarmó los ánimos asustadizos. Nombró para su consejo privado á cuatro lores católicos, y admitió otros en los destinos civiles y militares. El 4 de abril de 1687 publicó una declaracion acerca la libertad de conciencia. Los disidentes de varias sectas le felicitaron con esposiciones, al paso que los partidarios de la iglesia establecida se manifestaron descontentos. Los católicos, por su parte, se aprovecharon de esta ley, abriendo capillas en Londres y en ciudades principales. Hubo en todas las clases conversiones ruidosas, durando la mayor parte y hasta persiguiendo despues de la revolucion. Nombró el rey para el servicio de su capilla á los siguientes recomendables ministros: los doctores Godden, Giffard, Betham, Tomas Witham, Hall, Codrington, Ellis, Marshe, Jenks y Sabran. Muchos de estos eclesiásticos publicaron buenos libros de controversia. Hubo conferencias entre los doctores católicos y los doctores anglicanos. Pedro Gooden tuvo algunas con Stillingfleet, Claggett y otros. Nadie le aventajaba en presencia de ánimo y faci-

lidad de produccion para este género de disputas. Murió en 1695. Es menester no confundirlo con Tomás Godden ó Tilden, muerto en 1688, el cual tuvo tambien disputas á viva voz y por escrito con Stillingfleet y algunos otros anglicanos. Conócense todavía en Inglaterra las escelentes obras en este género de Goter y Sergeant. El padre Pulton, jesuita, tuvo una conferencia con el doctor Tenison, arzobispo que fué despues de Contórberi. Otra tuvo lugar en presencia del rey, el 30 de noviembre de 1688, entre Giffard y Godden, católicos, y los anglicanos Patrick y Jane. Echard dice que la ventaja fué enteramente para los protestantes. Pero Giffard en 1722, publicó una relacion de esta controversia, donde demuestra que Echard desconoció los hechos, sin que supiese siquiera sobre que materia versó la discusion. Tambien entraron en la lid algunos legos á saber: Walker, Mederith, Deane, Ward, los cuales publicaron algunos escritos regulares en favor de la causa católica.

En 1686 el rey habia mandado su embajador á Roma. El 3 de julio de 1687 el nuncio Fernando de Adda, arzobispo de Amasia, el cual residia secretamente cerca del monarca, entró públicamente en Windsor, con hábito pontifical, precedido de la cruz y acompañado de religiosos con los hábitos de su orden; espectáculo que ofendió sobremanera á los protestantes. No pareció menos chocante otro acto de Jaime. Introdujo en su consejo privado á Eduardo Petre, jesuita y limosnero suyo, en el

cual parecia haber depositado mucha confianza. Seméjante distincion, dice Dodd, conferida á un sacerdote por cuyo estado debia ser extraño en materias de gobierno, era á la par contraria á la usanza de las mismas cortes católicas; y fué vindicada con tanta mas razon, cuando el pueblo miraba de mal ojo á los religiosos y á los jesuitas con especialidad. Sin embargo queria el rey que se nombrase á Petre, obispo ó cardenal. Muchas veces escribió con esta idea al Papa Inocencio XI, el cual rehusó constantemente por diferentes motivos acceder á esta demanda. Otros actos de autoridad acabaron de enconar los ánimos, y sirvieron de pretexto á los gefes del partido protestante. Mandó Jaime á la universidad de Cambridge que se declarase maestro en artes á Albano Francis, religioso benedictino. Decíase que acababan de conferir este grado al embajador del rey de Marruecos; pero para un católico la dificultad fué mayor. La universidad no quiso de ningun modo, y su conducta fué aplaudida. Castigó Jaime á algunos de sus miembros y se vió censurado. Algun tiempo despues nombró presidente del colegio de la Magdalena, en Oxford, al doctor católico Giffard: nuevo agravio, que precedió á poca distancia la revuelta. Consideróse como un escándalo que Walker, presidente de la universidad, hubiese erigido en su colegio una capilla católica y hubiese luego persuadido á algunos miembros de la universidad á que abrazasen á par de él la misma religion. Mu-